

El mundo occidental y el Islam no se libran de una tradición similar que pronto empañaron con el vaho religioso de rigor. Los peregrinos emprenden un camino, esta vez establecido, en el que se sumergen en un acto social, por un lado, y de soledad por otro. En todo caso, es en el camino donde ocurren las cosas importantes, las que dan sentido a todo. Después de ese camino, de ese viaje, los peregrinos son una persona diferente. En principio, una persona mejor.

El camino se convierte, enseguida, en un género literario. Con los griegos, el cami-

no es marítimo y ellos lo convierten en una odisea. Con Cervantes, el camino se hace mejor a caballo o en burro y es cosa de dos. Después de la Segunda Guerra Mundial, los caminos son asfaltados y las nuevas carreteras se llenan de referencias pop. La Ruta 66, que, en líneas generales, va desde Chicago hasta Santa Mónica, en Los Ángeles, es el lugar que ha elegido Carlos Castán para su relato 'Polvo en el neón', publicado por Tropo Editores.

El relato, además de haber sido publicado junto a una muy personal colección de fotos sobre la Ruta 66 a cargo del nuevo-

mexicano Dominique Leyva, es un auténtico 'walkabout' (o tal vez deberíamos decir un 'driveabout'). 'Polvo en el neón' está lleno de aciertos. La tía del protagonista se muere y le deja en herencia un motel de carretera a las afueras de Flagstaff, muy cerquita del cañón del Colorado, el lugar donde el protagonista pasó buena parte de su infancia. Desde el comienzo del libro, nuestro protagonista deja claro que la herencia no es lo más importante. Que le alega mucho más el hecho de tener que realizar ese viaje desde Springfield, muy cerquita de Chicago, hasta el motel en cues-

tion para resolver el tema de la herencia. Y prefiere hacer ese viaje solo, acompañado solamente de su monólogo interior. Con él repasará todas aquellas cosas que, en teoría, darían sentido a su vida: su esposa y su hogar, su amante, su fantasía sexual, su hermano. Para llegar al motel de su tía, el protagonista deberá abandonar la autopista principal y tomar una carretera secundaria. Esa carretera le llevará a un final de libro magnífico. Maravilloso. De esos finales narrativos que merece la pena no desvelar en este tipo de textos.

FERNANDO MARTÍN PESCADOR

Jonás Trueba: «Clara acaba tumbándose en la cama con él. Un momento antes, él se mira a sí mismo como personaje, a través de ella, en el hospital. No se sabe bien si va a despertar del coma o no. Pero están en la cama juntos. Ése es el final» (De 'Las ilusiones'. Periférica)



Soledad Puértolas, una mujer que sugiere y envuelve. ENRIQUE CIDONCHA



José Manuel Blecua, un señor hijo de la filología. GUILLERMO MESTRE



José María Conget: el cronista de la Zaragoza ilusoria. ESTHER CASAS



Ramón Gil Novales: traductor y novelista de Huesca. RAFAEL GOBANTES

Nuestro Premio Cervantes se prestigiaba aún más si cabe por tener a Blecua entre sus ganadores

profesora de la Universidad de Zaragoza y directora de revistas literarias como 'Albaida' y 'Turia'. Navales era ya, a diferencia de Fernández Clemente, una escritora de creación pura y dura, pero también tenía obra ensayística -recordemos por ejemplo su libro de 1974 'Cuatro novelistas españoles' en el que estudiaba a Miguel Delibes, Ignacio Aldecoa, Daniel Suiro y Francisco Umbral, o 'La lady y su abanico'. Acercamiento a la literatura femenina del siglo XX: de Virginia Woolf a Mary McCarthy', publicado en 2000- y había hecho mucho por la difusión de las letras aragonesas, especialmente con dos de sus libros: la 'Antología de la poesía aragonesa contemporánea' que editó la Librería General en su colección 'Aragón' en 1978, y la 'Antología de Narradores Aragoneses Contemporáneos' que las Ediciones de Heraldo de Aragón imprimieron en 1980. En esos dos libros, muy importantes en su momento, Navales trató de dar a conocer y acercar al gran público los que a su juicio eran los más destacados poetas y narradores de Aragón. El premio de Ana María Navales fue, como lo han sido en realidad todos hasta la fecha, justísimo e incontestable.

Indiscutible fue desde luego el Premio del año 2002. Fue elegido ese año como Premio de las Letras Aragonesas José-Carlos Mainer, el más brillante, reconocido y respetado de nuestros ensayistas literarios, el hombre que se inventó la 'Edad de Plata' de la literatura española, quien estudió por vez primera a los escritores falangistas desde la óptica de la izquierda, y quien, como la propia Ana María Navales, también había hecho lo suyo por dar a conocer nuestras letras, tanto desde la dirección de la sección de literatura de la Gran Enciclopedia Aragonesa entre 1980 y 1982, la dirección de tesis doctorales que servirían para la recuperación de una serie de poetas olvidados como Luis Ram de Viu, barón de Hervés, Gil Comín Gargallo, Raimundo Gaspar o Carlos Eugenio Baylín Solanas, y la publicación de monografías sobre José Antonio Labordeta -ya en 1977- Joa-

quín Dicenta, Ramón J. Sender o Benjamín Jarnés, como desde la dirección de la 'Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses', así llamada en recuerdo y homenaje de la que fundara Tomás Ximénez de Embún en 1876 y patrocinara la Diputación Provincial de Zaragoza, que publicó la benemérita editorial Guara y en la que aparecieron libros de Marcial, Pedro Alfonso, Gracián, Mor de Fuentes, Braulio Foz, Silvio Kossti, Sender, Idefonso Manuel Gil, José Manuel Blecua, Jarnés, Ramón Gil Novales y Tomás Seral y Casas. Mainer, además, no solo ha publicado los libros de otros aragoneses sino que ha dedicado uno propio a la literatura aragonesa -o literatura en Aragón, como él preferirá que escriba-, 'Letras Aragonesas (Siglos XIX y XX)', en 1989. Estos años la entrega del Premio tenía lugar durante una gran cena literaria que se celebraba en el Gran Hotel de Zaragoza, a la que eran invitados numerosos escritores, editores, libreros y gentes del mundo de la cultura. Aquello debía de costar un potosí y esas cenas pasaron a mejor vida rápidamente. Los años en que ganaron Navales y Mainer fueron los únicos en los que inexplicablemente no se publicaron libros conmemorativos.

En 2003 el Premio fue para Soledad Puértolas, también zaragozana como los dos últimos premiados y que a, diferencia de los anteriores, no residía en Aragón desde hacía años. Puértolas, que nos había deslumbrado en 1980 con 'El bandido doblemente armado', iba a publicar luego una serie de grandes novelas: 'Burdeos', 'Todos mienten' o 'Queda la noche' y acabaría siendo elegida miembro de la Real Academia Española. Otro importantísimo novelista, el mequinezano Jesús Moncada, autor de la inolvidable 'Camino de sirga', le tomaría el relevo en 2004. Ese premio se entregó en Teruel el 18 de abril de 2005 y sería el último gran reconocimiento que recibiría Moncada, que iba a morir en junio de aquel año. Con ese premio se reconocía la pluralidad lingüística de Aragón y se mandaba un mensaje a los escritores aragoneses

que utilizaban otras lenguas distintas del castellano: ellos también eran de los nuestros.

A la poesía le llegó el turno en 2005. Rosendo Tello, el poeta de Letux, uno de los grandes de la generación del Niké, recibía el premio y todos nos felicitábamos por el acierto del Jurado. Tello representa las esencias de la mejor poesía aragonesa y su obra, respetada y alabada por todos, crece y se consolida con el paso del tiempo. Un año más tarde fue Francisco Carrasquer el premiado, y no creo errar si afirmo que se trató de homenajear en él a los escritores aragoneses que tuvieron que sufrir un durísimo exilio tras la guerra civil, a los perdedores de aquel terrible enfrentamiento fratricida: Ramón J. Sender, José Ramón Arana, Ángel Samblancat, Benjamín Jarnés...

Otros dos clásicos ganaron los premios de los años 2007 y 2008: José María Conget y Ramón Gil Novales, escritores de culto -al clan de «los congetianos» se han referido Juan Bonilla e Ignacio Martínez de Pisón en alguna ocasión, y Mainer ya quiso significar la enorme importancia de Gil Novales al incluirlo como ya hemos visto en su 'Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses' - y admirados y respetados por todos por su compromiso radical con la literatura con mayúsculas y sin concesiones. José Luis Borau sería un óptimo ganador en 2009, Ángel Guinda tomaría en 2010 el testigo de Rosendo Tello como monarca republicano de la poesía aragonesa, e Ignacio Martínez de Pisón, el narrador por excelencia de las letras aragonesas, el maestro del realismo, se llevaría el premio en 2011.

Por fin, el pasado año de nuevo un filólogo, catedrático y ensayista ganaba el Premio de las Letras Aragonesas: José Manuel Blecua Perdices, director de la Real Academia Española, su quinto director aragonés tras Asín y Palacios, Laín, Alvar y Lázaro Carreter. Nuestro Premio Cervantes se prestigiaba aún más si cabe por tener a Blecua entre sus ganadores y acertaba de nuevo en su apuesta por la excelencia.

JOSÉ LUIS MELERO RIVAS

<p>http://puz.unizar.es</p>  <p>Prensas de la Universidad Universidad Zaragoza</p>	<p>Psicología aplicada al fútbol</p> <p>PSICOLOGÍA APLICADA AL FÚTBOL</p> <p>Luis Cantarero (coord.)</p> <p>Novedad</p>	<p>Exposiciones de Arte Actual en Zaragoza</p> <p>EXPOSICIONES DE ARTE ACTUAL EN ZARAGOZA</p> <p>ÁNGEL AZPEITIA</p> <p>Jesús Pedro Lorente (ed.)</p> <p>Novedad</p>	<p>LA JOTA ARAGONESA</p> <p>RUPERTO RUIZ DE VELASCO</p> <p>Begoña Gimeno Arlanzón (ed.)</p> <p>Novedad</p>
---	--	--	--